

LA MEMORIA COLECTIVA COMO CONDICIÓN HABILITADORA
DE LAS RESISTENCIAS FEMENINAS, EN LAS NARRATIVAS
DE LA OBRA LITERARIA *LA MUJER HABITADA*, DE LA ESCRITORA
GIOCONDA BELLI¹

*Collective Memory as an Enabling Condition for Female
Resistance in the Narratives of the Literary Work The Inhabited
Woman by the Writer Gioconda Belli*

LUZ ANDREA SUÁREZ ÁLVAREZ² 

<https://doi.org/10.17533/udea.rp.e356758>

Resumen

El objetivo de la investigación es comprender cómo la memoria colectiva aporta a la configuración de las resistencias femeninas en contextos de violencia, a partir del análisis de las narrativas de la obra literaria *La mujer habitada*, de la escritora Gioconda Belli. Se toma como referente la teoría de Judith Butler para entender la configuración del género y de las resistencias femeninas, así como la perspectiva de la psicología social crítica para abordar el proceso de la memoria colectiva y el lugar que tiene en el mantenimiento y la transformación del orden social y de la subjetividad. Se emplea el método de la hermenéutica retroactiva para realizar el análisis de las narrativas que dan cuenta de las formas de resistencia. Como resultados, se evidencian construcciones de memoria que permiten cuestionar los mandatos de género y propiciar transformaciones en los lugares

¹Producto asociado al proyecto “La dimensión ontológica de la identidad femenina en la teoría de Judith Butler: una conversación con la obra literaria *La mujer habitada*, de la escritora Gioconda Belli”, realizado por Luz Andrea Suárez Álvarez como tesis del Doctorado en Filosofía, de la Universidad Pontificia Bolivariana, entre los años 2017-2023, con número de radicado CIDI: 656C-03/21-42. El proyecto está adscrito al Grupo de Investigación en Psicología —categoría A1—, de la Facultad de Psicología, de la Universidad Pontificia Bolivariana. La investigadora contó con el apoyo de la Universidad Pontificia Bolivariana, por medio de la modalidad de comisión de estudios.

²Doctora en Filosofía. Universidad Pontificia Bolivariana. andrea.suarez@upb.edu.co

Para citar este artículo en APA: Suárez Á., L. A. (2025). La memoria colectiva como condición habilitadora de las resistencias femeninas, en las narrativas de la obra literaria *La mujer habitada*, de la escritora Gioconda Belli. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 17(1), e356758. <https://doi.org/10.17533/udea.rp.e356758>

Recibido: 30-03-2024 | Aceptado: 4-03-2025



y las posibilidades asignadas a las mujeres. Se concluye que, por medio de la memoria, las mujeres elaboran prácticas de resistencia que configuran nuevos relatos del pasado, a partir de los cuales se hacen cargo de su historia y la de sus pueblos.

Palabras clave: memoria colectiva, resistencias femeninas, literatura de escritura femenina, Latinoamérica, hermenéutica retroactiva, Gioconda Belli.

Abstract

The aim of this research is to understand how collective memory contributes to the configuration of female resistance in contexts of violence, based on the analysis of the narratives of the literary work *The Inhabited Woman*, by the writer Gioconda Belli. Judith Butler's theory is taken as a reference to understand the configuration of gender and female resistance, as well as the perspective of critical social psychology to address the process of collective memory and the place it has in the maintenance and transformation of social order and subjectivity. The method of retroactive hermeneutics is used to carry out the analysis of the narratives that account for the forms of resistance. As a result, memory constructions are evident that allow us to question gender mandates and promote transformations in the places and possibilities assigned to women. It is concluded that, through memory, women develop resistance practices that configure new stories of the past, from which they take charge of their history and that of their people.

Keywords: collective memory, female resistance, literature written by women, Latin America, retroactive hermeneutics, Gioconda Belli.

Introducción

El interés por abordar las resistencias femeninas está dado desde mi propio lugar como mujer latinoamericana, el cual me permite preguntarme por las formas en las que somos socializadas en contextos en los que se comparten sistemas de creencias y valores que hacen posible la naturalización de múltiples desigualdades y la legitimación de las violencias. Orion-Encina (2022) plantea que las modernas sociedades son herederas de estructuras patriarcales en las que la organización de las instituciones sociales ha girado en torno a los hombres como sujetos de derechos, mientras que a las mujeres se las ha tratado como grupo subalterno, haciendo referencia con ello a la posición en la estructura social derivada de la desigualdad, situando a determinados grupos sociales en una posición de

desventaja crónica, siendo el mayor de todos ellos el de las mujeres, si se tiene en cuenta que ellas hacen parte de todos los grupos subalternos y son, en sí mismas, uno de ellos (Gayatri Spivak, 2011, citada en Orion-Encina, 2022).

La precariedad de las vidas de muchas mujeres les genera mayor vulnerabilidad ante la violencia de género, la cual se encuentra relacionada con unas condiciones estructurales de la sociedad, expresadas tanto en la escasez de medios económicos para llevar una vida digna, como en la baja posibilidad de representación de sus intereses políticos y sociales (Orion-Encina, 2022).

Estas realidades son representadas en la literatura de escritura femenina³, por medio de la cual las autoras dan cuenta de aspectos que hacen parte de su realidad cultural e histórica, así como de formas de transgredir los órdenes sociales. La literatura latinoamericana y centroamericana es una forma de expresión de la resistencia de las mujeres, por medio de la cual no solo consiguen tener una propia voz para hablar sobre los temas importantes de la historia, sino que también imaginan mundos diferentes para las mujeres, en los que pueden actuar según su propio deseo y agencia.

En consonancia con esto, en la obra literaria *La mujer habitada*, de la reconocida poeta y novelista nicaragüense Gioconda Belli (2015), se encuentran expresiones de las condiciones que implican formas de subordinación para las mujeres, tanto por motivos de género, como por asuntos culturales y étnicos; se presentan diversos vectores de poder que configuran la identidad femenina, como son: la matriz normativa de género, la clase social, la raza y los conflictos sociopolíticos que atraviesan las historias.

En la novela tienen voz mujeres que se han debatido por muchos años entre la condición que les ha sido asignada y aquella que ellas mismas pueden crear; mujeres a las que les ha tocado romper con el orden establecido y, con ello, también perder sus lugares queridos y conocidos, sus sueños, las personas

³En la investigación se adopta el término 'literatura de escritura femenina' para hacer referencia a la literatura "producida en América Latina a partir de los años 70, se basó en una profunda indagación sobre las nuevas identidades femeninas, trae al público la representación de personajes femeninos que corporizan nuevos comportamientos y grandes cuestionamientos sobre los deseos y las dificultades de las mujeres actuales" (Schuck, 2008, p. 1). No se hace uso del término 'literatura femenina' como forma de evitar la asociación de dicha creación con los estereotipos tradicionales asignados a lo femenino y, con ello, a una consideración de una escritura menor con respecto a la que es producida por los hombres.

amadas y hasta sus miedos. No obstante, esto es en gran medida posibilitado por los procesos de memoria colectiva, teniendo en cuenta que, en la narración de la protagonista de la obra se puede escuchar otra voz, antepasado histórico representado por Itzá, una mujer indígena de otro tiempo que empieza a “habitar” a la mujer contemporánea.

A partir de esta relación y con la ayuda de su compañero, quien le muestra la problemática social que sufre el país y su gente, Lavinia empieza a construir conocimiento sobre la lucha histórica de su pueblo contra la invasión española. Por medio de la naturaleza, Itzá le habla a Lavinia de la memoria de su tierra y de su gente, acompañando con ello la formación de su conciencia y el despliegue de su resistencia para luchar por su país en el contexto sociopolítico actual (Bernal Medel, 2011).

De este modo, se encuentran en la novela “letras que describen a un grupo de personas en razón de las señales que indican su carácter minoritario y sujeto a diferentes tipos de mecanismos patriarcales” (Arango-Rodríguez, 2018, p. 235) o, en otras palabras, una literatura que plantea formas de “Narrarse a sí [...] de quienes tienen otras lenguas, otras formas de decir y de habitar los espacios” (Arango-Rodríguez, 2018, p. 237).

Schuck (2008) plantea que esta literatura se caracteriza por generar “[...] una profunda indagación sobre las nuevas identidades femeninas, trae al público la representación de personajes femeninos que corporizan nuevos comportamientos y grandes cuestionamientos sobre los deseos y las dificultades de las mujeres actuales” (p. 1). En este sentido, plantea no solo una apertura frente a nuevas temáticas, como la familia, la sexualidad y la maternidad, sino que también da paso a nuevos cuestionamientos e interrogantes relacionados con la historia de las mujeres, la cual cobró creciente vigor hacia finales de los años ochenta, rescatando a las mujeres como objeto/sujeto de la historia, quienes habían sido invisibilizadas por las perspectivas androcéntricas de la disciplina (Noguera, 2021).

En esta línea, frente a las resistencias femeninas evidenciadas en el campo de la literatura, las investigaciones muestran que las escritoras por medio de sus personajes femeninos construyen maneras alternativas de cartografiar la realidad, con lo que consiguen transgredir los lugares tradicionales asignados a

las mujeres y poder habitar los no lugares (Rodríguez, 2011, Serratos, 2016). En relación con esto, Grasselli (2015) da cuenta de la manera como las narrativas testimoniales generan contrahistorias de la participación política de las mujeres y ofrecen la posibilidad de contar sus experiencias, memorias y reelaboraciones de lo vivido.

Carrasquillo-Hernández (2018) señala que la posición contracanónica de la generación encojonada en Puerto Rico “clausurará la casa patriarcal, ya que al romper con la gran familia se abrirán los portones al libre tráfico de los marginados, en especial al de las mujeres, los negros [...] y los homosexuales” (p. 91). Se plantea, por tanto, la escritura de las mujeres —en especial la pública—, como campo de luchas de poder (Alzate, 2017) y como forma de alterar los ideales que se proyectan sobre las mujeres y los hombres en Latinoamérica (Arango-Rodríguez, 2018).

A partir de este contexto, la investigación se propone comprender cómo la memoria colectiva aporta a la configuración de las resistencias femeninas en contextos de violencia, a partir del análisis de las narrativas de la obra literaria *La mujer habitada*, de la escritora Gioconda Belli. Como objetivos específicos se plantea identificar las formas de resistencia de las que dan cuenta las mujeres por medio de sus relatos y describir el lugar de la memoria colectiva en las acciones de resistencia de las mujeres.

El referente teórico de la investigación se orienta por el pensamiento de la filósofa Judith Butler, representativa de los estudios de género en la contemporaneidad. Para la autora, el proceso de subjetivación se lleva a cabo por medio de dos operaciones del poder: el sometimiento y la formación del sujeto, con lo que se sientan las bases para pensar posteriormente al sujeto del género, en tanto resulta como producto de estos dos mecanismos (Butler, 2015). En ese sentido, la identidad de género es producto de las operaciones del poder, a partir de las cuales se realiza el sometimiento del sujeto a una matriz de género que lo preexiste y que, al hacerlo, le proporciona un lugar de identidad, habilitando de esta manera una existencia, una posibilidad de ser (Butler, 2017).

Por esto Butler plantea la identidad femenina como una actuación cultural, en tanto no es posible hablar de un ser femenino universal, dictado a partir de un patriarcado que opere de la misma manera en los diferentes contextos,

sino que, por el contrario, es siempre una identidad que se define en contextos culturales específicos (Butler, 2017). Dicha identidad es materializada en la categoría política de mujer, la cual es dictada por la matriz de género, según la cual se considera al sexo como natural, dando con ello lugar a la consideración del binarismo, basado en la idea de la correspondencia de los géneros con el sexo biológico (Butler, 2017).

A partir del esclarecimiento de la manera como operan estos mecanismos en la configuración del género, Butler plantea su proyecto de convertir la identidad femenina en una política cultural, con el objetivo que la categoría mujer sea siempre abierta, dispuesta para que las mujeres de diferentes contextos culturales definan y desestabilicen de manera constante las configuraciones en torno a lo femenino. Dicha política cultural constituye la posibilidad para deconstruir los aspectos que han sido adjudicados a las mujeres como condición esencial y, al mismo tiempo, para conservar un espacio de coalición desde el cual puedan seguir luchando por condiciones de vida dignas e inteligibles (Butler, 2017).

En este punto adquiere importancia la construcción de memorias colectivas, las cuales “pueden ser o no ser desestabilizadoras y críticas dependiendo del uso que se les dé, de la intención de su uso y del momento histórico en el cual son invocadas” (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015, p. 65). Lo anterior plantea la necesidad de tomar en consideración la relación entre género y memoria, teniendo en cuenta “los modos de su articulación y de mutua constitución, enfatizando los modos generizados de los cuales hacemos memoria, lo que implica que al recordar construimos tanto el pasado generizado que se recuerda como a los sujetos generizados que recuerdan” (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015, pp. 67-68).

Por esto, otro referente teórico importante de la investigación lo constituye la memoria colectiva, la cual, desde la perspectiva de la psicología social crítica, se entiende como una acción social que contribuye a producir el pasado (Vásquez, 2001); se refiere al “proceso de reconstrucción de un pasado vivido o significado por un grupo o una colectividad” (Mendoza García, 2015, p. 12). Esta noción la acuña Maurice Halbwachs (1925), quien plantea que las experiencias se inscriben en marcos sociales, como el tiempo y el espacio, y después se reconstruyen socialmente para forjar la memoria de grupos y sociedades. En ese sentido:

No recordamos solos, sino con la ayuda de los recuerdos de los otros; los recuerdos propios se edifican sobre la base de los recuerdos de terceros. Y ocurre con cierta frecuencia que los recuerdos que uno considera propios en algún momento se han tomado de otros. La memoria se construye sobre la base de relaciones con otros, de sitios, fechas y significados que se delinean socialmente. (Mendoza García, 2015, p. 20)

Así, la reconstrucción del pasado se elabora a partir de las formas sociales que establecen la manera como recordamos, tanto a partir de instrumentos, artefactos y discursos con los cuales se va trazando la memoria, como por medio de lo que la sociedad marca como lo significativo de la vida y que debe conservarse en los recuerdos; es a partir de estos marcos sociales como se va edificando la memoria (Mendoza García, 2015, pp. 11-12). Por tanto,

[...] para que la memoria se mantenga y se comuniqué, hay que echar mano del lenguaje, de discursos, de narrativas e, importante, de prácticas sociales, como asistir a ciertos lugares, reivindicar ciertas fechas, proponer una cierta placa en un sitio con sentido, etcétera. (Mendoza García, 2015, p. 12)

Ahora bien, “desde los intereses del presente se recupera cierta traza del pasado” (Mendoza García, 2015, p. 11); parafraseando a Piper et al. (2013), la memoria se realiza de manera continua en el presente y tiene efectos concretos en la construcción de realidades. “Es en este trazo que la memoria colectiva, o el recuerdo social, puede entenderse como la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la experiencia de cada uno” (Mendoza García, 2015, p. 21).

Asimismo, el recuerdo social es una actividad íntimamente marcada por un sentido del pasado, que caracteriza y da forma a las identidades personales y grupales (Mendoza García, 2015). Su fuerza simbólica radica en su carácter productor de sujetos, relaciones e imaginarios sociales (Piper et al., 2013).

Por esto la memoria y el género se articulan necesariamente con la construcción de la identidad.

Es a través de determinadas prácticas de memoria que nos damos sentido a nosotras mismas como sujetas sociales, y que construimos sentidos de pertenencia y diferencia que dotan de cierta coherencia a nuestras

identidades que son a su vez siempre generizadas. (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015, p. 70)

En este sentido, plantean las autoras al respecto del papel que tiene la memoria en la constitución de las identidades femeninas:

No recordamos entonces de un modo particular por el hecho de ser mujeres, sino que son las prácticas de recordar las que nos constituyen como tales. El sujeto “mujer” sólo tiene sentido en relación a *[sic]* un sujeto “hombre”, y es el contexto androcéntrico y patriarcal el que ha constituido esta relación con sus características jerarquizadas, dicotómicas y sus dinámicas de dominación. Si nuestras prácticas de memoria operan manteniendo el orden del género, tienen a su vez el potencial de deconstruir y desestabilizarlo. (Troncoso Pérez y Piper Shafir, 2015, p. 71)

En coherencia con estos planteamientos, las narrativas literarias constituyen uno de los mecanismos por medio de los cuales las mujeres realizan prácticas de memoria colectiva, que plantean formas de resistencia a las normas de género que han dado lugar a sus identidades; asimismo, instituyen formas en que las mujeres se apropian de la construcción de la historia de sus pueblos, dando lugar a relatos en los que se visibiliza su existencia y participación en dicha historia.

Método

De acuerdo con Maurice Halbwachs (2004), hablamos “de memoria colectiva cuando evocamos un hecho que ocupaba un lugar en la vida de nuestro grupo y que hemos planteado o planteamos ahora en el momento en que lo recordamos, desde el punto de vista de este grupo” (p. 36). Por esto:

[...] por recuerdo hay que entender una actividad que le otorga sentido al pasado, tal sentido se lo brinda el grupo o la comunidad en la que estamos inscritos, de suerte que el recuerdo social puede entenderse como la evocación colectiva de un pasado común y la conmemoración de acontecimientos que pueden ser previos a la experiencia de cada uno o de la comunidad de pertenencia. (Mendoza García, 2015, p. 12)

De esta manera, la forma como se construye y se mantiene la memoria de los colectivos humanos es a partir de las narrativas que se transmiten de los acontecimientos del pasado, las cuales constituyen el material por medio del cual los sujetos pueden dar cuenta de la historia que los antecede y que los ha conformado. Por esta razón, para comprender la manera como la memoria colectiva da lugar a la configuración de las resistencias de las mujeres, se acude a la narrativa literaria teniendo en cuenta que para Judith Butler el sujeto da cuenta de sí mismo y de su historia por medio de la narrativa (Butler, 2016). Para la filósofa, el relato proporciona un medio persuasivo a partir del cual se puede crear la agencia causal del yo. Esto teniendo en cuenta que hay un “desfase” en lo que el sujeto puede contar de sí mismo, dado que la palabra llega mucho después del proceso que se pretende describir (Butler, 2016, p. 12).

Es a esa manera del sujeto dar cuenta de su propia formación, en la cual no estuvo presente como sujeto, a lo que Butler denomina como “escenarios imposibles”, a partir de los cuales “[...] bien puede ser que, retroactivamente, reconstruya ese origen en función del fantasma que sea que me atenaza, de modo que tú solo obtendrás un relato de mi fantasma, no de mi origen” (Butler, 2016, p. 12).

Según González-Blanco, Butler considera que el otro siempre da cuenta de sí en cuanto que se ve interpelado por otro para hacerlo, cuando se le interroga por sus acciones; el dar cuenta de sí adquiere entonces forma narrativa (González-Blanco, 2019). Por esto la filósofa propone “aceptar ese desfase y proceder con un estilo narrativo que apunte a la condición paradójica de intentar relatar algo sobre mi formación, que es previo a mi propia capacidad narrativa y que, de hecho, da lugar a esa capacidad narrativa” (Butler, 2016, pp. 12-13).

Para Butler este desfase es lo que confiere a la narración la perspectiva histórica del presente, y es a partir de este tipo de escenarios imposibles como algunas ficciones literarias se desarrollan (Butler, 2016), siendo estas narrativas la forma del sujeto dar cuenta de sí en la misma medida en que va emergiendo, así como también una forma del sujeto hacerse cargo de su propia historia, aun sin haber participado de ella:

La autoridad narrativa no exige estar en la escena. Solo requiere que alguien sea capaz de reconstruir la escena desde una posición de no-presencia de

un modo verosímil, o que esta narración inverosímil de uno mismo sea convincente por sus propias razones [...], puesto que nos está sumergiendo en su particular comprensión de sí mismo. (Butler, 2016, p. 14)

Ello supone también que estos modelos imposibles de narración ofrecen la posibilidad de asumir la historia que precedió a la conciencia lingüística del sujeto, desde una propia postura: “Puede que lo que cuente sea verdad o no, pero eso casi no importa a partir del momento en que entendemos que la historia a la que recurre cuenta algo sobre sus ambiciones y deseos autoriales” (Butler, 2016, p. 14).

Estas formas narrativas tienen un lugar en casi cualquier teoría de la formación del sujeto, teniendo en cuenta que ocupamos una posición imposible para dar cuenta del modo en que los pasajes incipientes permanecen en nosotros, reiterándose una y otra vez (Butler, 2016). Lo anterior es interpretado por Butler en términos de resistencia narrativa, en tanto “el sujeto resiste a las relaciones de poder que lo conformaron a través de una narración increíble pero verosímil” (González-Blanco, 2019, p. 93).

Para González-Blanco (2019), “Esta dimensión narrativa de la teoría de la formación del sujeto de Butler se funda en una hermenéutica del sujeto que es una hermenéutica de la narración, indistinguiblemente vinculada a la literatura” (p. 93); por esto el modelo discursivo que permite a Butler aceptar este desfase es la literatura: “La hermenéutica del sujeto butleriana es, necesariamente, un análisis de la estructura o fábula de obras literarias que ofrecen vías de comprensión de un sujeto que se narra” (González-Blanco, 2019, p. 99).

Este modelo orientado por una “perspectiva imposible” permite al sujeto superar dos límites de la narración de sí: el temporal y el lógico-causal. Con respecto al primero, Butler propone aceptar un modelo narrativo que nos permita contarnos antes de nuestro propio surgimiento, lo que quiere decir que para que un sujeto dé cuenta de sí es necesario que se sitúe retrospectivamente: “Este es, por lo tanto, un concepto de temporalidad retrospectiva, que conjuga la narración con la perspectiva histórica” (González-Blanco, 2019, p. 90).

Con respecto al segundo límite, el lógico-causal, que esta perspectiva permite superar, González-Blanco (2019) plantea que en la base de la hermenéutica

del sujeto que propone Judith Butler se encuentra una hermenéutica del texto literario retroactiva, próxima a la hermenéutica de la discontinuidad y ajena al discurso que se rige por la relación causa-efecto.

De esta forma, a la pregunta propuesta por Butler sobre la manera como un sujeto que ha sido condicionado antes de su propio nacimiento puede hacerse responsable de sus propios actos, responde con la formulación de:

[...] una hermenéutica retroactiva del sujeto y de la narración de sí como texto imposible. Uno da cuenta de sí mismo en tanto que se ve interpelado y asume en su relato el gesto que lo precede y lo funda. Se hace responsable de sí cuando asume y se hace cargo de su historia en la narración de sí. (González-Blanco, 2019, p. 99)

Dicha manera de dar cuenta de sí es basada en modos narrativos fantásticos y necesarios que modifican el estatuto de verdad de la literatura. Por esto la verdad de la literatura ya no obedece a una lógica causal, y al separarse de esta forma de narración, dicha verdad “que narra el acontecimiento del nacimiento del sujeto es, para Butler, una verdad ética que la hermenéutica ‘retroactiva’ hace posible” (González-Blanco, 2019, p. 99).

Partiendo de estos presupuestos, el interés de la investigación estuvo centrado en la manera como las mujeres, por medio de la narrativa, dan cuenta de su propia historia y cómo articulan en esta sus actos de resistencia; en ese sentido, se constituyen en elementos de análisis los acontecimientos, las vivencias y los sentires que las han constituido, frente a las que adoptan nuevas maneras de pensar y actuar. Asimismo, se analiza el lugar que tiene la memoria colectiva en la formación de prácticas que subvierten el orden establecido.

Teniendo en cuenta estos criterios, se seleccionaron los fragmentos de la obra que hacen alusión a lo que las mujeres relatan de sí mismas y que tienen relación con las acciones de resistencia. Posteriormente, se realizó una agrupación de los relatos por formas específicas de la resistencia, teniendo en cuenta los ámbitos determinados en los que estas toman forma, dando lugar a la comprensión de maneras de resistencia que se expresan en dos tipos de escenarios: *prácticas de resistencia en ámbitos cotidianos y prácticas de resistencia en organizaciones político-militares*.

Aunque ambas categorías analíticas se refieren a ámbitos diferenciados, es importante considerar que en contextos latinoamericanos que han vivido las invasiones coloniales y, en la contemporaneidad, sistemas regidos por las dictaduras y por los conflictos armados, las violencias que se viven en el ámbito de la lucha armada atraviesan el contexto de vida de muchas mujeres, convirtiéndose en otro escenario de vida cotidiano para estas, frente al que realizan diversas acciones para subvertir las formas de opresión y violencia. Por ello, aunque en el análisis se diferencian estas prácticas específicas, en la vida de los personajes de la novela, los microcontextos cotidianos y la guerra son dos escenarios en intersección, constituyendo un campo vital en el que las condiciones de vulnerabilidad de las mujeres se acentúan, llevándolas a crear nuevas formas de subjetividad en las que la memoria colectiva tiene un papel fundamental.

Resultados

Memorias que habitan y habilitan: resistencias de las mujeres en los ámbitos cotidianos

En la novela *La mujer habitada*, Lavinia es una mujer que vive el país de Faguas en la década de los setenta del siglo xx. Es una joven arquitecta que pertenece a la clase alta de la sociedad; las condiciones sociales y económicas de su familia la llevaron a realizar su formación universitaria en Europa. Tras su llegada, luego de su cercanía con otro sistema cultural y a partir de su vivencia en una época en la que muchos jóvenes empiezan a cuestionar las normas que los han subjetivado, Lavinia empieza a romper con mandatos importantes que su sociedad impone a las mujeres, especialmente a las que pertenecen a una clase social privilegiada. Por ello asume prácticas que contradicen las diversas formas en las que las mujeres son objetivadas, entre ellas, el ideal de mujer que permanece en la casa de los padres y que sigue las conductas dictadas por ellos:

Todavía recordaba el cataclismo entre pechugas de pollo en salsa blanca, copas de agua, manteles impecables. Las caras de su padre y su madre pronosticándole la deshonra, el chisme, la maledicencia. Horrores del mundo fuera de las cuatro paredes de su casa (a pesar de sus años sola en

Europa): el peligro de los extraños, los hombres que intentarían violarla, aprovecharse de ella; lo mal vistas que eran las mujeres solas. (Belli, 2015, pp. 52-53)

Así también, realiza cuestionamientos con respecto a las exigencias de clase y a las normas religiosas para la vivencia de las relaciones amorosas, realizando rupturas con respecto al mandato social de la compañía masculina y con el matrimonio como institución:

Era bueno estar allí en paz. Sola consigo misma. Aunque le habría gustado comentar el día con la tía Inés [...] O debía haber visitado a Sara. Pero Sara no entendería que ella se sintiera tan contenta. No entendía el placer de ser uno mismo, tomar decisiones, tener la vida bajo control. Sara había pasado del padre-padre al padre-marido. Adrián se jactaba delante de ella de llevar los pantalones en la casa. Y Sara podía escucharlo sonriendo. Para ella eso era natural. (Belli, 2015, p. 22)

“Las fiestas donde las exhibían eran naturales también [...] Animalitos domésticos buscando quién les diera hijos robustos y frondosos, les hiciera la comida, les arreglara los cuartos. [...] Y ella lo odiaba. No quería más eso. Por escaparse estaba allí” (Belli, 2015, p. 17).

A partir de esta conciencia que ha empezado a adquirir, decide vivir en la casa que le ha heredado su tía Inés, quien tuvo, así como su abuelo, un papel importante en su formación. Fueron ellos quienes en su infancia le enseñaron otras posibilidades para su vida, alejadas del mandato de la mujer destinada a ser esposa y ama de casa, así como a desempeñar oficios considerados aptos para las mujeres:

La tía Inés no hubiera querido verla partir nunca, pero, abrumada por los derechos paternos del hermano, se conformó con advertirle que no dejara que la convencieran de elegir una carrera de secretaria bilingüe u optometrista. Ella quería ser arquitecta y tenía derecho, le dijo. Tenía derecho a construir en grande las casas que inventaba en el jardín [...]. Tenía derecho a soñar con ser algo y ser independiente. Y le allanó el camino antes de morir. Le heredó la casa del naranjo y todo cuanto contenía “para cuando quisiera estar sola”. (Belli, 2015, pp. 10-11)

Quizás algún día le gustaría casarse. Pero no ahora. Casarse era limitarse, someterse. Tenía que aparecer en el camino un hombre muy especial. Y tal vez ni aún así. Se podía vivir juntos. No se requerían papeles para legalizar el amor. (Belli, 2015, p. 23)

Para Lavinia es importante mantener viva la memoria colectiva transmitida por aquellos seres que le ayudaron a reconocer su potencia, esa capacidad de resistir a las normas impuestas por sus padres y por las diversas instituciones a partir de las cuales fue subjetivada:

“Se arrepintió momentáneamente de haber escogido la soledad. Pero se había propuesto aprender a estar sola. Era su manera de rendir homenaje a la tía Inés. «Hay que aprender a ser buena compañía para uno mismo», solía decirle” (Belli, 2015, p. 23).

El abuelo era para ella la infancia y el deslumbramiento de la fantasía. Todavía se encontraba con él en un sueño recurrente. Estaban los dos sobre un monte elevado, altísimo, con nieves en la cima y primavera en las laderas. El abuelo le fijaba sobre la espalda unas enormes alas de plumas blancas [...]. Ella volaba en esos sueños. Se sentía feliz, pájaro. Se sentía segura, porque su abuelo la esperaba a lo alto del monte, gozando al verla volar. (Belli, 2015, p. 59)

Sin embargo, la capacidad de resistencia de Lavinia es posibilitada no solo por la memoria que conserva de aquellos que la acompañaron en su infancia, sino también por una memoria lejana que la habita, por una guerrera que vivió y luchó en esa misma tierra. Se trata de Itzá, una mujer indígena que vivió la invasión de los españoles y que está allí para recordarle a Lavinia que proviene de su misma cultura, así también, para mostrarle la fuerza que la constituye, la de las mujeres de su época y también la suya.

Itzá era también una mujer joven que realizó cuestionamientos frente a los lugares asignados para las mujeres en su contexto, lo que la llevó a romper con el destino que los dioses como parte de su sistema cultural tenían para ella:

Me pregunto qué quedaría de nosotros, de mi madre a quien nunca más volví a ver después que me fui con Yarince. Nunca entendió que no podía simplemente quedarme en casa. Jamás le perdonó a Citlalcoatl que me enseñara a usar el arco y la flecha. (Belli, 2015, p. 22)

Itzá habita en la naturaleza, ha vuelto a tomar vida en el árbol de naranjas que un día el jardinero de la tía Inés sembró, esa es su nueva morada, su nueva forma de existir, la forma de seguir manteniendo la memoria colectiva para las mujeres del presente:

Al amanecer emergí [...] pero me encontré sola por siglos en una morada de tierra y raíces observadora asombrada de mi cuerpo deshaciéndose en humus y vegetación. Tanto tiempo sosteniendo recuerdos, viviendo de la memoria de maracas, estruendos de caballos, los motines, las lanzas, la angustia de la pérdida, Yarince y las nervaduras fuertes de su espalda. (Belli, 2015, p. 7)

Después vi las raíces como manos extendidas, llamándome, y la fuerza de mandato me atrajo irremisiblemente. Penetré en el árbol, en su sistema sanguíneo, lo recorrí como una larga caricia de savia y vida, un abrir de pétalos, un estremecimiento de hojas. (Belli, 2015, p. 7)

El árbol es, entonces, la forma de representar la cercanía de las mujeres con su propia historia y la manera como esta las constituye. Itzá empieza a reconocer a Lavinia como parte de las mujeres de su época, aunque con los cambios producidos por el mestizaje:

Extraño es este entorno. Me rodean muros, construcciones de anchas paredes como las que nos hacían levantar los españoles.

Vi una mujer, la que cuida el jardín. Es joven, alta, de cabellos oscuros, hermosa. Tiene rasgos parecidos a las mujeres de los invasores, pero se mueve con determinación, como nos movíamos y andábamos antes de los malos tiempos. Me pregunto si trabajará para los españoles. No creo que trabaje la tierra ni sepa hilar. (Belli, 2015, pp. 8-9)

Todo quedó en silencio cuando se marchó. No escuché sonidos de templo, movimiento de sacerdotes. Sólo la mujer habita esta morada y su jardín. No tiene familia, ni señor y no es diosa porque teme: cerró puertas y candados antes de marcharse. (Belli, 2015, p. 9)

Itzá empieza a establecer una conexión cada vez más fuerte con Lavinia, por medio de sus frutos entra en conexión con ella, simbolizando con ello la historia que las une y el despertar de la conciencia que Itzá empieza a acompañar: “Mientras miraba a la mujer tan pensativa en el jardín habría querido saber

qué meditaba y hubo momentos que me pareció sentirla cerca, como si sus pensamientos se mezclaran con los murmullos del viento” (Belli, 2015, p. 25).

Lavinia guarda grandes espacios de silencio. Su mente tiene amplias regiones dormidas. Me sumergí en su presente y pude sentir visiones de su pasado. Cafetos, volcanes humeantes, manantiales, envueltos en la densa bruma de la nostalgia. Trata de entenderse a sí misma. (Belli, 2015, p. 61)

Como parte del proceso de adquirir una conciencia del mundo en el que ha sido formada, Lavinia elabora cuestionamientos frente a las desigualdades sociales, producto de su encuentro con las nuevas realidades en su ejercicio laboral. Empieza a ser consciente de la manera como el “desarrollo” emprendido por la lógica moderna, implica el desalojo de las poblaciones más pobres de sus territorios. En esta vía, se pregunta por los proyectos y por su participación en estos: “No era la manera más agradable de conocer la práctica este sentirse parte del aparato demoledor que obligaría a una nueva migración de aquellos eternos gitanos” (Belli, 2015, pp. 29-30); “Claro que me preocupa esa pobre gente. No me gusta la idea de empezar la práctica diseñando construcciones que van a desalojar a casi cinco mil almas, como dicen los curas...” (Belli, 2015, p. 30).

En ese mismo sentido, Lavinia empieza a construir interrogantes alrededor de los privilegios de clase, así como frente a la naturalización que realiza la clase dominante de las desigualdades sociales: “Era detestable, le encolerizaba el comportamiento prepotente y paternalista de la sociedad de los adinerados y poderosos, indiferentes a la diaria injusticia que los rodeaba, mientras vivían despreocupadamente sus privilegios” (Belli, 2015, p. 322).

A partir de dichos cuestionamientos propicia la reflexión con otras mujeres frente a la manera como las creencias que han justificado dicha desigualdad, han estado soportadas en la religión católica y en el discurso patriarcal, mostrando la articulación entre ellos en su manera de operar. Es el caso de las conversaciones que sostenía con Lucrecia, la mujer que trabajaba en su casa encargándose de las labores domésticas:

Lavinia se sentó en la cama, hablándole a Lucrecia del efecto adormecedor de la resignación cristiana; lo injusto que era que cualquier persona por muy mal que hubiese actuado en la vida se salvara por el mero hecho de arrepentirse en

determinado momento. No era que ella no respetase su fe en Dios, le dijo, pero las religiones las hacían los hombres. ¿No le parecía injusto que siempre le *[sic]* recetaran la resignación a los pobres?

—¿No creés que en la vida y no en el cielo únicamente, todas las personas deberían tener la oportunidad de vivir mejor? —preguntó Lavinia. (Belli, 2015, p. 209)

A partir de estas reflexiones, Lavinia realiza otras prácticas de resistencia que subvierten las normas sociales, las cuales comprenden tanto aspectos de su vida personal, como cuestionamientos a un nivel macrosocial, que comienzan a transformar sus ideales políticos y su postura ética frente a la vida. En ese sentido, cuando Lucrecia enfermó, acudió para ayudarla, encontrándose con realidades sociales desconocidas hasta el momento para ella:

Lavinia trató de que no la abrumara la visión de las mujeres con las caras tensas, el llanto de Lucrecia arrebujaada entre las sábanas, la ignorancia, el temor, el cuartito sin ventilación, el olor a alcanfor, la niña asomando la cara asustada por la cortina.

[...]

—Tengo una amiga enfermera —dijo Lavinia—. Voy a ir a buscarla.

Traería a Flor, pensó. Flor podría al menos decirle qué hacer.

Se levantó. Se sobrepuso al olor del alcanfor, de la fiebre, al pesar y la rabia que semejante pobreza le inspiró. En la carretera, Lavinia se detuvo porque lloraba. (Belli, 2015, p. 180)

Fue este el inicio de un camino en el que Lavinia empezó a tomar conciencia, ya no solo frente a las desigualdades de género, sino con relación a las profundas desigualdades de clase que caracterizaban a su país y a las injusticias a las que se veía sometida la mayor parte del pueblo, que vivía en condiciones de pobreza, negación de derechos y sometimiento a los efectos de una violencia política que los hacía cada vez más víctimas de un sistema pensado solo para favorecer a una mínima parte de la sociedad.

Esa formación de un pensamiento crítico y una sensibilidad frente a las injusticias sociales, fue emergiendo como parte de aspectos que, para su sorpresa, terminaron haciendo parte de su vida cotidiana y de sus relaciones cercanas. El hombre con quien había comenzado una relación sentimental, el mismo arquitecto coordinador de proyectos de la empresa en la que comenzó a trabajar, era una miembro importante del movimiento revolucionario. Y, aunque Felipe siempre quiso tenerla alejada de los asuntos de la guerra contra la dictadura, para Lavinia este fue un camino sin retorno, aquel que la conectó con las luchas históricas de su pueblo, aquellas que hasta el momento ella había desconocido.

Ese camino fue en gran medida acompañado por Flor, una enfermera compañera de Felipe y Sebastián —jefe del comando al que pertenecían—. Su relación con Flor y Sebastián la fue sensibilizando frente a las causas por las que se organizaban, conectándola así con la memoria colectiva de su pueblo ancestral, representada por la mujer guerrera que había empezado a habitarla.

Memorias ancestrales: la resistencia histórica de las mujeres por la defensa de sus territorios y sus pueblos

Desde su nuevo lugar, Itzá construye la memoria de sus luchas y las de su pueblo, ejercicio que va formando en Lavinia su nueva conciencia frente a las condiciones de su país:

Los españoles decían haber descubierto un nuevo mundo. Pero ese mundo no era nuevo para nosotros. Muchas generaciones habían florecido en estas tierras desde que nuestros antepasados, adoradores de Tamagastad y Cippatoval, se asentaron. Éramos náhuatl, pero hablábamos también chorotega y la lengua niquirana. Sabíamos medir el movimiento de los astros, escribir sobre tiras de cuero de venado. Cultivábamos la tierra, vivíamos en grandes asentamientos a la orilla de los lagos, cazábamos, hilábamos, teníamos escuelas y fiestas sagradas. (Belli, 2015, p. 109)

“Nadie puede decir cuál habría sido nuestra historia si tanta tribu no hubiese sido aniquilada. Los españoles decían que debían civilizarnos, hacernos abandonar la barbarie. Pero ellos, con barbarie, nos dominaron, nos despoblaron” (Belli, 2015, p. 109).

Esa memoria que conserva le permite recordar sus propias resistencias frente a un sistema cultural que excluía la participación de las mujeres de los escenarios de guerra:

En nuestro tiempo, cuando llegó la guerra, muchas mujeres hubo que debieron despertar, reconocer la desventaja de haberse pasado tanto tiempo cultivando el ocio y la docilidad.

Fui afortunada. Aunque mi madre se enfurecía, yo siempre tuve inclinación por los juegos de los muchachos, los arcos y las flechas.

Ella no concebía que las mujeres pudieran guerrear, acompañar a los hombres. (Belli, 2015, p. 131)

Pero el compromiso con la defensa de su pueblo y su relación con Yarince, uno de los mejores guerreros de su tribu, la llevó a transgredir los mandatos dictados para ella y a optar por unirse a la lucha frente a los españoles:

“Has estado con los guerreros”, me dijo.

Y su voz decía: cometiste falta, no es lugar de mujer, te alborotaron la sangre.

—Vienen de lejos —dije—, son caribes. Dicen que debemos alzarnos, luchar. De lo contrario, todo terminará. Los extranjeros nos matarán para quedarse con las tierras, los lagos, el oro. Destruirán nuestro pasado, nuestros dioses. (Belli, 2015, p. 131)

¡Ah! Yarince, cómo recuerdo tu cuerpo recio y soleado después de la caza cuando venías con tu esplendor de puma cansado a buscar abrigo sobre mis piernas. Nos sentábamos a la orilla de fuego en silencio [...]. Tan largas aquellas noches silenciosas agazapados en las entrañas selváticas de las montañas, escondiéndonos para la emboscada. No se atrevían a seguirnos los españoles. Tenían miedo de nuestros árboles y animales. (Belli, 2015, p. 51)

“¿Y de todo eso, qué de bueno quedó? Me pregunto.

Los hombres siguen huyendo. Hay gobernantes sanguinarios. Las carnes no dejan de ser desgarradas, se continúa guerreando.

Es lo único de nosotros, Yarince, que permaneció: la resistencia” (Belli, 2015, p. 110).

En ese contexto, Itzá realiza otras resistencias, y alienta a las mujeres de su contexto a realizarlas. Una de ellas es negarse a tener hijos, porque no querían que estos fueran dispuestos para la guerra o para que los españoles se los llevaran:

Este país era el más poblado. Y, sin embargo, en los veinticinco años que viví, se fue quedando sin hombres; los mandaron en grandes barcos a construir una lejana ciudad que llamaban Lima; los mataron, los perros los despedazaron, los colgaron de los árboles, les cortaron la cabeza, los fusilaron, los bautizaron, prostituyeron a nuestras mujeres. (Belli, 2015, p. 109)

“Nos negamos a parir.

[...]”

Yo recibí noticias de las mujeres de Taguzgalpa. Habían decidido no acostarse más con sus hombres. No querían parirle [sic] esclavos a los españoles” (Belli, 2015, p. 145).

Asimismo, Itzá se resistió a ocupar únicamente lugares domésticos asignados para las mujeres en el escenario del combate, reclamando su lugar como guerrera: *“Al principio, Yarince quería que me quedara en el campamento esperándolos. Pude evitarlo usando la estratagema de mi propia debilidad. ¿Y si venían los españoles?, dije. ¿Qué sería de mí? ¿Qué no podría sucederme, sola, en las largas esperas?” (Belli, 2015, pp. 150-151).*

Prefería morir en el combate a ser violada por los hombres de hierro o morir despedazada por los jaguares.

Los convencí. Logré que me asignaran en la formación un lugar protegido desde donde disparaba flechas envenenadas. Fui certera en la puntería. (Belli, 2015, p. 151)

Esa memoria es también la de Lavinia, es su propia historia como mujer latinoamericana. Itzá es la memoria de sus antepasados que ha empezado a habilitar su consciencia:

Uno y otro día la he sentido bambolearse sin poder evadirse, asomándose a sus dudas como quien contempla un precipicio. No sé si puedo comprenderla. No me son claras aún las relaciones. Sé que ciertas imágenes de mi pasado han entrado a sus sueños, que puedo espantar su miedo oponiéndole mi resistencia. Sé que habito su sangre como la del árbol, si bien no me está dado cambiar su sustancia,

ni usurparle la vida. Ella ha de vivir la suya. Yo sólo soy el eco de una sangre que también le pertenece. (Belli, 2015, p. 116)

La noche envuelve mis ramas [...]. Apenas si logré alcanzarla en el sueño. Marqué mi nombre: Itzá, gota de rocío, en sus visiones de flores y vuelos. Yo también soñaba con volar cuando veía los pájaros levantarse en bandadas al arribo de las bestias y los tropeles de hombres bediondos e hirsutos. (Belli, 2015, pp. 63-64)

Puede verse en la novela la manera como la naturaleza es representada como aquella que conserva la fuerza de la lucha femenina y la transmite a otras por medio de sus seres, habitando en ellas mediante pensamientos, deseos y decisiones, lo que hace posible conjugar la potencia de las mujeres del pasado y del presente: “Lavinia dejó caer la cabeza sobre los brazos que tenía apoyados sobre la mesa. Cerró los ojos. Se sentía cansada, exhausta. Una culpa venida de imágenes extrañas, de poblados en llamas, hombres morenos luchando contra perros salvajes, acosaba su mente” (Belli, 2015, p. 75).

Así, a partir de los cuestionamientos y rupturas con diversas normas sociales que Lavinia realiza y de la relación que establece con Itzá por medio de la naturaleza, se establecen las condiciones para la expresión de su potencia, la cual toma una dirección que se vuelve en contra de sus relaciones fundacionales, asumiéndose desde el lugar de la mujer guerrera, en tanto decide vincularse al Movimiento de Liberación Nacional como forma de lucha por unas condiciones de mayor igualdad y bienestar para el pueblo, así como una manera de resistir contra la dominación ejercida por la dictadura en su país:

Íntimamente la reconfortaba su decisión de unirse al Movimiento, de alejarse de ese espectáculo. Era imposible estar allí y no darse cuenta de la paradoja de aquel país donde la opulencia coexistía impunemente con los extremos de la miseria, ignorándola; ignorando a los campesinos lanzados de los helicópteros por colaborar con la guerrilla, los alaridos de los torturados en los sótanos del palacio presidencial. (Belli, 2015, p. 233)

Ella se había comprometido a luchar por los dueños de los pies toscos, pensó, a ser una de ellos, a sentir en carne propia las injusticias cometidas contra ellos. Esa gente era el pueblo del que hablaba el programa del Movimiento. (Belli, 2015, p. 182)

De igual forma, este nuevo lugar representa una apropiación de un escenario históricamente negado para las mujeres, lo que significa también para ella una lucha a nivel personal, en tanto por sus condiciones de clase social y de género, era considerada no apta para pertenecer a este:

A pesar de la aceptación que el Movimiento le brindaba, no dejaba de sentir su clase como un fardo pesado del que hubiera querido liberarse de una vez por todas. Le parecía una culpa sin perdón, una frontera que quizás sólo la muerte podría desvanecer totalmente. (Belli, 2015, p. 322)

“Lo terrible era no poder separarse totalmente de eso, de los años en que para ella las cosas también fueron naturalmente así, tener que aceptar la carga de una identidad contaminada” (Belli, 2015, p. 323).

De esta forma, aunque Lavinia sigue sujeta a las normas sociales que la han formado, tanto la memoria ancestral que la habita, como el vínculo con Flor estableció para ella nuevas condiciones para la reconstrucción de sus referentes identitarios. Esto da cuenta del lugar que tiene el vínculo entre las mujeres del presente y del pasado como posibilitador de la toma de conciencia y de las acciones de resistencia:

Se conmovió pensando en sí misma cual si se tratara de otra persona, contagiada del tono firme y apasionado del susurro de Flor que ya terminaba, elevando apenas la voz en el “Patria Libre o Morir”.

—Patria Libre o Morir —repitió Lavinia, mientras Flor la abrazaba rápidamente, para luego guardar el folleto en el bolso, mirando vigilante la calma del parque.

—Bueno, ya estás juramentada. Quería hacerlo yo [...]. (Belli, 2015, p. 254)

De acuerdo con lo anterior, es Flor la mujer del presente quien reconoce el devenir de Lavinia y ofrece un lugar afectivo en medio de un contexto que opera bajo una lógica vertical y racional:

Yo también quería decirte que, suceda lo que suceda, podés contar conmigo. Yo te quiero mucho, te quiero como a una hermana. Sé que estás pasando momentos difíciles, pero tengo confianza en que vas a salir de esta situación fortalecida. Yo que te he visto superar tus dudas e inquietudes sé que tengo

razones para confiar en vos, razones para respetarte. Optaste por unirte a nosotros, arriesgarlo todo, poner tu vida en la línea de fuego. Eso tiene valor y yo te prometo luchar porque se te permita participar por tus propios méritos. (Belli, 2015, pp. 383-384)

De esta forma, Lavinia empieza a movilizar recursos y apoyos en pro del Movimiento, asumiéndose parte de este. Sin embargo, esto lo hace adoptando la concepción de lo femenino asociada a la “mujer ladina”; aquella que seduce, engaña y que con su apariencia se gana la confianza del otro, lugar que es indicado por sus superiores como el apropiado para ella en el interior del grupo, valiéndose de sus conocimientos como arquitecta, de la posición de clase privilegiada y de su condición femenina, con lo que se pone de nuevo en ejercicio las prácticas de objetivación de la mujer propias del discurso patriarcal: “Para ella, ir al baile era un retorno final, un retorno para salir desde dentro, entrar al ambiente de su medio como una extraña para abandonarlo totalmente, traicionarlo, conspirar para que terminara aquel mundo de oropel” (Belli, 2015, p. 224). “Durante meses, ni siquiera había pensado en ir al cine, divertirse. Todas las fiestas a las que había asistido fueron para ella misiones encomendadas” (Belli, 2015, p. 355).

No obstante, las narrativas de las mujeres de la novela, permiten evidenciar que ellas realizan rupturas con los referentes para la configuración de la identidad femenina también en el contexto de la lucha armada. Las mujeres se niegan a asumir el lugar que la sociedad les ha dado por mandato y proponen su propio lugar en el escenario del combate:

Yo quería hacer esto, es un triunfo para mí. No hay muchas mujeres clandestinas, ¿sabés? Es un reconocimiento de que podemos compartir y asumir responsabilidades, igual que cualquiera. Pero, como mujer, cuando uno se enfrenta a nuevas tareas, sabe que debe también enfrentarse a una lucha, una lucha por convencerse internamente de las propias capacidades. (Belli, 2015, p. 257)

Estos referentes con los que rompen se encuentran articulados de manera importante con el estereotipo de la mujer como perteneciente al ámbito de lo doméstico, abriendo opciones para crear otros ámbitos de existencia, tal como ocurre con Lavinia:

Ella no ha dado batallas de lanzas. Ha batallado con su propio corazón hasta extenuarse, hasta ver su paisaje interior sacudido por cientos de volcanes, hasta ver surgir nuevos ríos, lagos, ciudades tenuemente dibujadas. Yo, habitante callada de su cuerpo, la veo dirigir construcciones, sólidos cimientos de su propia sustancia. Ahora está de pie e irremisiblemente avanza allí donde la sangre encontrará su quietud. (Belli, 2015, p. 337)

Lavinia, a partir de la articulación de vínculos y de temporalidades que la han conformado, asume su lugar como mujer guerrera, emprendiendo con ello su devenir:

Nunca pensó que pudiera sentirse así de plena después de la muerte de Felipe. Pero estar allí, con la espalda apoyada contra la pared, en medio de aquellas personas que se atrevían a soñar, le producía un suave calor interno, la certeza de haberse encontrado por fin, de haber arribado a puerto.

Finalmente había trascendido sus miedos. Por fin creía, confiaba. Estaba segura de querer estar allí, compartiendo con ellos, con estas personas y no otras, lo que quizás serían los últimos momentos de su vida. (Belli, 2015, p. 400)

Así mismo, su propia actuación como combatiente, se convierte en una manera de seguir existiendo, de formar ahora parte de la memoria que la habitó y que se constituirá en la condición de posibilidad de existencia y resistencia para otras mujeres: “*Lavinia es ahora tierra y humus. Su espíritu danza en el viento de las tardes. Su cuerpo abona campos fecundos*” (Belli, 2015, p. 425).

Discusión

En la obra literaria se establecen de manera discontinua, por medio de figuras fantásticas por las cuales la memoria colectiva de las mujeres continúa existiendo, relaciones entre un pasado lejano y uno reciente, rompiendo con una linealidad temporal y dando lugar a un paralelismo en la narración, lo que permite poner en evidencia la condición histórica de las mujeres.

De este modo, se propone otro modo de hacer la historia, constituyéndose así en un lugar de resistencia. La historia que se relata es creada desde la voz de las mujeres, por medio de la cual realizan su propia construcción de la memoria, como un modo de hacerse cargo de su pasado y de saldar las deudas que se tienen con otras épocas, frente a las cuales se han construido historias masculinas basadas en lo que no dijeron de las mujeres. Así, la narrativa que en la obra se propone es una manera de darles voz a las mujeres que han habitado diferentes tiempos en contextos culturales concretos, lo que permite que las distintas épocas sean releídas en función de este novedoso problema planteado por las mujeres, para lo que se emplean fuentes hasta entonces ignoradas (Noguera, 2021).

Las narrativas de las mujeres brindan líneas de análisis sobre las resistencias que realizan tanto en los ámbitos de vida cotidianos, como en las organizaciones político-militares; así también, brindan un panorama sobre el lugar que tiene la literatura como posibilidad de denuncia y como alternativa para la creación de nuevas realidades para las mujeres y, en especial la literatura testimonial, como forma de dar voz a las mujeres para que sean ellas quienes cuenten la historia de los hechos vividos por sus pueblos y para que en ellas se puedan incluir los relatos que dan cuenta de las violencias de género de las que fueron víctimas y de las formas de resistencia que han elaborado frente a estas.

Al respecto, considera Lindig Cisneros (2024) que la literatura de carácter testimonial permite defender la transmisión de las fuerzas de la experiencia individual y colectiva y de sus memorias, así como de las fuerzas de resistencia y de reparación, lo que hace necesario insistir en la necesidad de atender a la demanda de escucha de las sobrevivientes. De esta forma, se constituye en un deber político dar lugar en la memoria y en el pensamiento decolonial y anticapitalista al exterminio continuado de la población indígena, así como a la sobredeterminación de la violencia sobre los cuerpos y las subjetividades de las mujeres. Es también un deber dar lugar a sus formas de resistencia en las memorias de sus luchas. Por esto “la utilización del testimonio como herramienta para la reconstrucción del pasado reciente ha crecido exponencialmente en los últimos años” (Noguera, 2021, p. 5).

De acuerdo con lo anterior, en la obra literaria se presenta un vínculo fundamental entre dos mujeres: Itzá, la mujer indígena y Lavinia, la mujer

contemporánea. Se trata de una forma de representar el efecto psíquico que logra el poder (Butler, 2015), en tanto Itzá, al habitar en la conciencia de Lavinia, representa su propia reflexividad y, con ello, el surgimiento de su propia conciencia, la misma que hace posible volverse contra sí misma, darse la vuelta frente a aquello que la ha sometido. Esta construcción discursiva de lo femenino conlleva la significación de las mujeres como las que portan la memoria y pueden transmitirla a otras mujeres. Dicha relación entre las mujeres es la que activa la potencia de aquellas que habitan en el presente. La memoria colectiva se convierte, de esta manera, en mecanismo de resistencia.

En este punto cobra lugar la acepción dada por Judith Butler al sujeto, la cual hace referencia a una *estructura en formación*, definición que remite a la potencia del sujeto, en tanto indica que, aunque el poder que le ha dado forma es ejercido sobre el sujeto, es al mismo tiempo un poder asumido por él, y esta asunción constituye el instrumento de su devenir. Dicho poder adquiere el carácter de potencia, aunque no pueda establecerse una relación de continuidad entre dicho poder al que es sometido y los tipos de posibilidades que de este se puedan derivar (Butler, 2015). De esta forma, la apropiación del poder puede conllevar modificaciones a este, hasta incluso el sujeto terminar actuando en contra del poder que hizo posible esa asunción.

Es así como, en la potencia, se hace presente el carácter ambivalente del sujeto, en tanto el poder que se asume permanece ligado a las condiciones de subordinación; esto indica que las condiciones del poder no solo se hacen presentes en los actos que intervienen en la formación del sujeto, sino también en los actos posteriores del sujeto. De este modo, el sujeto es tanto el súbdito del poder, como también quien eclipsa las condiciones de su propia emergencia; eclipsa el poder mediante el poder (Butler, 2015).

Conclusiones

En la obra literaria *La mujer habitada* se presentan las formas de sometimiento con las que las mujeres rompen; esto es, con diversas condiciones de poder que sustentan las normas sociales a partir de las cuales se lleva a cabo el proceso de sujeción. Dichas rupturas se realizan a partir de las prácticas cotidianas de

liberación, las cuales permiten cuestionar asuntos como los mandatos de clase y religiosos, que soportan el ideal de la mujer esposa y ama de casa.

De igual manera, estas prácticas cotidianas llevan a una politización de diferentes aspectos de la vida personal y social, así como al establecimiento de relaciones de resistencia entre mujeres, lo que les permite construir posiciones críticas frente a las desigualdades sociales y las formas de objetivación y descalificación que viven las mujeres en el ámbito público y privado. Es también a partir de esas posiciones críticas que las mujeres contemplan su participación en la guerra como modo de defender a sus pueblos y como forma de resistir frente a un ámbito de dominio masculino.

De otro lado, en la novela se presenta una discontinuidad entre dos mujeres de diferentes épocas; su encuentro es posibilitado por medio del doble personaje, el cual representa la memoria colectiva que habita a las mujeres y que permite identificar las formas de sujeción a las normas sociales y los modos de resistir que han llevado a cabo históricamente. Con ello se superan los dos límites para la narrativa de sí: el límite temporal y el límite lógico-causal. Asimismo, por medio de los relatos se presentan formas imposibles pero verosímiles de relación entre ambas mujeres, que posibilitan su comunicación y entendimiento, así como la transmisión de recuerdos, imágenes, impulsos y fuerzas que hacen trascender el límite lógico-causal de la narración.

Por lo tanto, con su propia voz las mujeres dan cuenta de las dos operaciones propias del proceso de sujeción: el sometimiento y la formación del sujeto. En un proceso discontinuo que va y vuelve constantemente de una operación a la otra y así, también, de un personaje al otro, se establecen relaciones entre un pasado lejano y una historia reciente, lo que permite expresar las dinámicas y los conflictos que se repiten y que no se han resuelto para las mujeres. Asimismo, este doble personaje hace posible realizar un paralelismo entre dos mujeres guerreras, que es la forma que ambas mujeres adoptan para expresar su propia potencia y para hacerse cargo de su propia historia.

Referencias

- Alzate, C. (2017). Disciplinando cuerpos y escritura. Agripina Samper sobre George Sand, las mujeres y la literatura (1871). *Anclajes*, 21(3), 7-24. <https://doi.org/10.19137/2017-2132>
- Arango-Rodríguez, S. (2018). Las formas literarias de la narración de sí. En P. Cardona-Restrepo, F. Santamaría-Velasco, y Ó. Hincapié-Grisales (Eds.). *El compromiso literario en la reflexión de lo político* (pp. 233-254). Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Belli, G. (2015). *La mujer habitada*. Editorial Booket.
- Bernal Medel, B. (2011). Escrituras que trazan memorias: *La mujer habitada*, de Gioconda Belli, y *La travesía*, de Luisa Valenzuela. Editorial Ítaca.
- Butler, J. (2015). *Mecanismos psíquicos del poder. Mecanismos sobre la sujeción*. 5.ª ed. Ediciones Cátedra.
- Butler, J. (2016). *Los sentidos del sujeto*. Herder Editorial.
- Butler, J. (2017). *El género en disputa*. Paidós.
- Carrasquillo-Hernández, T. (2018). *Las Isabeles* de Rosario Ferré y Manuel Ramos Otero: modelos de desconstrucción de género y sexualidad en la literatura puertorriqueña de la década del setenta. *Centro Journal*, 30(2), 88-113. https://digitalcommons.linfield.edu/glcsfac_pubs/6
- González-Blanco, A. (2019). Sentidos del sujeto. La hermenéutica retroactiva de Judith Butler. *RILCE. Revista de Filología Hispánica*, 35(1), 85-100. <https://doi.org/10.15581/008.35.1.85-100>
- Grasselli, F. (2015). Experiencias políticas de mujeres, relatos de militancia y literatura testimonial durante los años setenta. Textos de Rodolfo Walsh, Francisco Urondo y María Esther Giglio desde una lectura en clave de género. La Aljaba, Segunda Época. *Revista de Estudios de la Mujer*, XIX(1), 183-200. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6115827>
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Presses Universitaires de France.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva* (I. Sancho-Arroyo, Trad.ª). Prensas Universitarias de Zaragoza.

- Lindig Cisneros, É. (2024). Cuerpo, sobredeterminación de la violencia, memoria y resistencia. *Acta Poética*, 45(2), 93-107. <https://doi.org/10.19130/iifl.ap.2024.2/01ws00x127s45>
- Mendoza García, J. (2015). *Sobre memoria colectiva. Marcos sociales, artefactos e historia*. Editorial Universidad Pedagógica Nacional.
- Noguera, A. L. (2021). Algunas discusiones sobre género y memoria en las narrativas sobre los años setenta en Argentina. *Estudios Ibero-Americanos, Porto Alegre*, 47(1), 1-11. <https://dx.doi.org/10.15448/1980-864X.2021.1.37863>
- Orion-Encina, R. (2022). Arte y simbolismo en la triple resistencia de género en el conflicto armado en Colombia. *Estudios de la Paz y el Conflicto. Revista Latinoamericana*, 3(5), 122-141. <https://doi.org/10.5377/rlpc.v3i5.12753>
- Piper Shafir, I., Fernández-Droguett, R., e Íñiguez-Rueda, L. (2013). Psicología social de la memoria: espacios y políticas del recuerdo. *Psykhé*, 22(2), 19-31. <http://dx.doi.org/10.7764/psykhe.22.2.574>
- Rodríguez, M. C. (2011). Cartografías femeninas: mujeres escritoras trazan otras geografías y diseñan espacios propios. *Cuadernos de Literatura*, (30), 381-397. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/4121/3128>
- Schuck, N. (2008). Literatura de escritura femenina. *Revista Borradores, VIII-IX*, 1-10. <https://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol8-9/pdf/Literatura%20de%20escritura%20femenina.pdf>
- Serratos, F. (2016). El devenir animal del sujeto femenino: Tarazona, Lispector, Braidotti. *Nóesis*, 56(51), 94-106. <https://doi.org/10.20983/noesis.2017.1.6>
- Troncoso Pérez, L. E. y Piper Shafir, I. (2015). Género y memoria: articulaciones críticas y feministas. *Athenea Digital*, 15(1), 65-90. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1231>
- Vásquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginarios*. Paidós.